

LA DEVOCIÓN A MARÍA EN FRANCISCO Y CLARA DE ASÍS

Conferencia pronunciada el 5 de diciembre de 2003, con ocasión del Congreso Mariológico Franciscano «La Inmaculada Concepción: la contribución de los Franciscanos» (4-8 diciembre 2003)

Michael Brlek, en el lejano 1954, en conexión con el tema de nuestro Congreso, escribió en su artículo «Legislatio Ordinis Fratrum Minorum de Immaculata Conceptione BVM» que una investigación particular sobre la devoción mariana de Francisco de Asís sería superflua, porque todos los problemas que el argumento propone, estarían ya resueltos.¹ ¿Qué se puede decir hoy, 50 años después? Proponer cosas nuevas no parece posible, porque la bibliografía sobre Francisco en general y sobre la devoción a la Madre de Dios en particular, se ha multiplicado en los últimos decenios. Se trata, más bien, de ofrecer una síntesis, dando una estructura al rico material de las Fuentes.

En lo que respecta a las numerosas Fuentes Franciscanas, se preferirán los Escritos del Santo, como ya es habitual, evitando, en lo posible, una lectura combinatoria.² Tomamos como base los *Opuscula Francisci*, ilustrando de vez en cuando sus afirmaciones con lo que nos refiere las fuentes hagiográficas como Tomás de Celano y Buenaventura.

Una novedad consiste en el intento de ver junto a Francisco a su fiel seguidora Clara, porque sin ella —este es el resultado de los estudios de los últimos 10 años— Francisco no sería lo que es, y viceversa. Una mirada sobre santa Clara resulta, sin duda, oportuna, desde el momento que estamos celebrando en este año 2003-2004 el 750 aniversario de su tránsito a la patria celestial. Sin forzar

¹ M. BRLEK, «Legislatio Ordinis Fratrum Minorum de Immaculata Conceptione BVM», en *Antonianum* 29 (1954) 3-44: «Sobre la piedad mariana de san Francisco se ha investigado suficientemente en biografías, monografías y estudios especiales, por lo cual no parece necesario un nuevo estudio» (3).

² Cf. A. POMPEI, «Maria, Madonna, Madre Immacolata», en *Dizionario Francescano*, preparado por E. CAROLI, Padua 1995, coll. 1049-70.

los textos y sin querer atribuir a Francisco y a Clara conceptos teológicos elaborados más tarde, propondremos algunos indicios que puedan verse, de alguna manera, como preanuncio de la doctrina sobre la Inmaculada Concepción de la Virgen María.

MARÍA EN RELACIÓN CON LA TRINIDAD

Los escritos de Francisco, como ya es resabido, se pueden subdividir según su género literario en: oraciones, cartas, avisos espirituales como las Admoniciones y el Testamento, y textos legislativos como las reglas. Es muy significativo que en estos textos se hable de María casi exclusivamente en las oraciones. En la *Regla no Bulada*, si se hace mención de la Virgen María, esto ocurre en el capítulo 23, que sobrepasa un texto legislativo y puede ser calificado una oración, como ya lo indica el título que se da al capítulo: «Oración y acción de gracias».

De esta simple constatación resulta un hecho evidente: Francisco no propone una doctrina sobre la Virgen, no discute con sus hermanos o con los fieles cuestiones mariológicas, sino que honra a la Virgen, dirigiéndole saludos y oraciones, como atestigua su primer biógrafo: «Rodeaba de amor indecible a la Madre de Jesús por haber hecho hermano nuestro al Señor de la majestad. Le tributaba peculiares alabanzas, le multiplicaba oraciones, le ofrecía afectos, tantos y tales como no puede expresar lengua humana» (2Cel 198).

Entre estas alabanzas particulares, figuran el *Saludo a la bienaventurada Virgen María* y la *Antífona* que encuadra cada salmo del llamado *Oficio de la Pasión del Señor*. Son textos poéticos, contruidos sobre la falsilla de himnos litúrgicos, textos que dejan suponer que Francisco haya compuesto otras alabanzas a la Virgen que no nos han llegado. Pero de estas dos oraciones marianas como también de otros fragmentos de los escritos en los que recurre el nombre de María, resulta que Francisco nunca nombra a María sola, sino siempre en relación con la Santísima Trinidad o, al menos, junto a su «amado Hijo Jesús». Aunque muy conocido, quisiera citar el *Saludo a la bienaventurada Virgen María*:

«¡Salve Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María, virgen hecha iglesia, y elegida por el santísimo Padre del cielo, consagrada por Él con su santísimo Hijo amado y el Espíritu Santo Paráclito; que tuvo y tiene toda la plenitud de la gracia y todo bien!

¡Salve, palacio de Dios!

¡Salve, tabernáculo de Dios!

¡Salve, casa de Dios!

¡Salve, vestidura de Dios!

¡Salve, esclava de Dios!

¡Salve, Madre de Dios!

¡Salve también todas vosotras, santas virtudes, que, por la gracia e iluminación del Espíritu Santo, sois infundidas en los corazones de los fieles, para hacerlos, de infieles, fieles a Dios!»

La palabra característica es «Salve», que abre el saludo y se repite siete veces, calificando así el texto como un *saludo*. Es «una breve composición que en el título y en otras notas recuerda el saludo angélico por excelencia, *Salve María*, enriquecida y modificada por Francisco con pensamientos sacados de otras oraciones marianas y litúrgicas, de algunos pasajes mesiánicos del Antiguo Testamento y, sobre todo, del relato evangélico de Lucas. Pero los ecos bíblicos, aún en la extrema sobriedad del dictado, no oscurecen la inspiración de Francisco. Como todas las alabanzas del Santo, también ésta es un canto del alma, plenitud de fe y de amor a la madre de Dios, que se hace palabra y oración».³

No es éste el momento ni el lugar para exponer cada título, indagando sobre sus orígenes bíblicos y litúrgicos, es un trabajo que, hace años, lo trató Hilarius Pyfferoen y más recientemente Lorenzo María Aco en una tesis doctoral justo sobre el *Saludo a la bienaventurada Virgen María*.⁴

Quisiera llamar la atención sobre el hecho, hasta ahora, subvalorado de la triple partición del saludo. En una primera «estrofa», María es saludada como elegida por Dios Trino y Uno, en una segunda como casa y madre de Jesús, y una tercera «estrofa» como mediadora de la inspiración divina y de las virtudes. Incluso gramatical y estilísticamente se nota la veneración de Francisco («devoto de la Trinidad», TC 29) por la Santísima Trinidad: las tres estrofas (A-B-C) están entrelazadas de manera triple: en A tenemos tres invocaciones y tres fases relativas (en latín: *quae, quam, in qua*); B consiste de 2 x 3 Salve, donde cada saludo contiene tres palabras (Salve, palacio de Dios; Salve, casa de Dios); en C tenemos una invocación («santas virtudes»), una frase relativa («que») y una frase final («para»). Parece, pues, que, por sus estructura, el *Saludo a la Virgen* quiera ser una alabanza de Dios trino y Uno y un agradecimiento por todo lo que ha obrado en la Virgen María. El Padre ha elegido a María, consagrándola con su santo Hijo por medio del Espíritu Santo, el cual, al final, todavía es mencionado como fuerza que transforma a los infieles en fieles a Dios.

³ Cf. C. PAOLAZZI, *Lettura degli scritti di Francesco d'Assisi*, Milano 2002, 88-89.

⁴ H. PYFFEROEN, «Fuditne S. Franciscus suas duas preces mariales ad S. Mariam de Angelis ad Porciunculam?», en *Laurentianum* 11 (1970) 447-458; L.M. ACO, *La «salutatio Beatae Mariae Virginis» di san Francesco di Assisi*, Roma 1998.

Esta bellísima y densísima oración demuestra, pues, una cierta plenitud tanto en su estructura formal, como en su contenido. Ella desarrolla una dinámica que, en vez de ser cerrada, al final se abre en horizontes misioneros, implicando también a los infieles, que pueden convertirse en fieles.⁵

El fondo trinitario resplandece también en la segunda oración mariana de Francisco, un texto que asume un gran significado, cuando se piensa en la rúbrica que antecede al Oficio y ciertamente observada por el Santo. Ella dice: «esta antífona se recita en todas las horas y se dice como antífona, capitula, himno, versículo y oración, tanto en maitines como en las demás horas. Ninguna otra cosa decía en ellas, sino esa antífona con sus salmos» (OfP-Ant). Rezada antes y después de cada salmo del Oficio devocional de Francisco, la antífona no llega a ser sólo una plegaria cotidiana, sino casi continua, 14 veces al día, según la rúbrica. Por eso, hay que comprobar entre los textos que mayormente influenciaron el pensamiento y la acción de Francisco. Lo mismo se diga de santa Clara y de sus primeras hermanas, ya que la *Leyenda de santa Clara* nos informa: «Aprendió el Oficio de la Cruz, tal como lo había compuesto el amador de la cruz Francisco, y lo recitaba frecuentemente con afecto devoto como él» (LCI 30).

La devoción mariana de los dos santos está, pues, muy caracterizada por este Oficio de la Cruz o de la Pasión. María está presente allí no sólo explícitamente en la antífona y en el salmo de Navidad (como veremos), sino también implícitamente en el salmo II, V, VI y XII, como lo ha demostrado J. Schneider en un profundo análisis del texto.⁶

Aquí nos limitamos a las referencias explícitas y, sobre todo, a las dos oraciones marianas. Después de haber escuchado el Saludo a la Virgen María, se notará inmediatamente la semejanza, y también la diferencia entre éste y la antífona. La antífona de Francisco muestra semejanzas con una antífona del *Oficio Parvo*, usado en la liturgia monástica de Fonte Avellana y compuesto quizás por san Pedro Damiano († 1072).⁷ Comparando los dos textos, se comprueba que Francisco deseaba vivamente ver a María en estrecha relación con el Padre celestial, con el Hijo amado y con el Espíritu Santo.

⁵ Cf. L. LEHMANN, *Francisco, Maestro de oración* (Hermano Francisco, 36) Oñati 1998, 143-149.

⁶ J. SCHNEIDER, *Virgo ecclesia facta. La presenza di Maria nel crocifisso di San Damiano e nell'Officium Pssionis di san Francesco d'Assisi*. Traducción de M. Zappella, Santa María de los Ángeles, Asís 2003, 275-293.

⁷ O. SCHMUCKI, «De seraphici Patris Francisci habitudine erga beatissimam Virginem Mariam», en *Regina Immaculata* (Biblioteca Seraphico-Capuccina, 15), Roma 1955, 15-47, aquí 31.

Santa Virgen María
no ha nacido en el mundo entre las
mujeres ninguna semejante a ti.

*Hija y esclava del altísimo Rey sumo
y Padre celestial, madre de nuestro Santí-
simo Señor Jesucristo, esposa del Espíritu
Santo:*

Ruega por nosotros
*Junto con el arcángel san Miguel y
todas las virtudes del cielo y con todos
los santos ante tu santísimo Hijo amado,
Señor y maestro.*

Virgen María
no ha nacido en el mundo entre
las mujeres ninguna semejante a ti,
radiante como una rosa, perfumada
como un lirio:

Ruega por nosotros

ante tu Hijo (PL 151, 972 B)

Los paralelismos entre el texto de Francisco y el de Fonte Avellana, aún no siendo muy numerosos, son inequívocos y significativos. La primera línea es casi igual, pero Francisco añade *santa*. Después celebra, como hace la antífona monástica, la singularidad de María, omitiendo, sin embargo, la comparación floral de las rosas y de los lirios, para sustituirlo con añadiduras mucho más significativas y sustanciales. De hecho, pone a la Virgen en estrecha relación con la Trinidad: María es, para él, hija y sierva del Padre, madre del Hijo, esposa del Espíritu Santo. A la invocación a María, añade la de todos los ángeles y santos y amplía la conclusión, dirigida a Cristo, acercando a la palabra Hijo, tres atributos majestuosos y, a la vez, íntimos: «santísimo» y «Señor y Maestro».

Como en el *Saludo a la bienaventurada Virgen María* también en la *Antífona*, tenemos una larga lista de títulos en honor de «Santa María Virgen», pero a diferencia del «Saludo», sigue aquí una súplica: «Ruega por nosotros...» A la cadenciosa invocación-súplica sigue la tradicional forma de las letanías, por ejemplo, la letanía de los santos: «Santa María, ruega por nosotros.» La invocación está amplificada sobre la estela de textos bíblicos y patrísticos. Como en el *Saludo*, emerge la relación de María con las tres personas de la Trinidad, y la súplica pide la intercesión de María «ante tu santísimo Hijo amado, Señor y maestro», desembocando así en el «corazón» de la Trinidad.

La *Antífona* mariana del *Oficio de la Pasión* revela así su dependencia de textos precedentes que Francisco ha cambiado según su gusto y concepto teológico. Su creatividad, en este caso, consiste en haber puesto a María en relación con las tres personas divinas, dando al texto precedente una impronta teológica más sólida y —para nosotros, modernos— más ecuménica. Colocada al inicio y al final de cada salmo, la *Antífona* es una clara señal de la presencia de María sobre el *Via*

crucis: Francisco ve al Hijo de María acompañado en el dolor por la Madre, como lo ve unido a la voluntad del Padre, a quien Jesús dirige su oración casi en cada salmo, por ejemplo, en el 1.º: «Santo Padre mío, rey del cielo y de la tierra, no te alejes de mí, porque la tribulación está cerca y no hay quien me ayude.»

«Padre Santo, no alejes de mí tu auxilio, Dios mío, atiende a mi auxilio» (vv. 6 y 9).

HIJA Y ESCLAVA DEL ALTÍSIMO SUMO REY, PADRE CELESTIAL

En línea con la alabanza de Isabel, que había reconocido a María como «bendita entre las mujeres» (Lc 1,42), Francisco señala el privilegio de María de haber sido elegida por Dios, exaltada sobre toda criatura, y hecha única entre todas las mujeres. Y no obstante todo esto, María permanece esclava. No es una diosa junto al único Dios, su condición excepcional es un don que le viene de aquel que le ha conferido esta dignidad. Francisco admira al altísimo sumo Rey, que se inclina con amor para escoger una criatura de baja condición, para enaltecerla en su benevolencia a la dignidad y a la acción de hija y esclava. Hija es aquella que recibe la vida, lleva el nombre de la familia, vive en la misma casa y se sienta a la misma mesa. Como hija se encuentra en la dignidad de recibir e intercambiar amor, de rendir culto y obediencia al altísimo sumo Rey, de tomar parte en la herencia y riqueza paterna que corresponde a la hija. Tiene derecho de dirigirse al Padre con el término filial de «Abbá-papá» (Rom 8, 15-17). María es colocada así en la suma dignidad relacional de hija.⁸

Pero enseguida, a María se la llama también «esclava». La unión de las dos palabras «hija y esclava» es muy significativa, porque expresa al mismo tiempo dignidad y disponibilidad. María llegó a ser Hija del Padre en el momento en que se declaró esclava del Señor. Sin embargo, su ser esclava y sierva no tiene en sí nada de servil. Es esclava del «altísimo sumo rey». Aquí Francisco proyecta todo su discurso cuando considera a María en su dignidad recibida por Dios, una dignidad que María misma ha expresado en el *Magnificat*:

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava (...) El Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo (...) Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (Lc 1, 46-52).

⁸ Cf. Las largas consideraciones bíblicas-franciscanas de G. BOCCALI, «Santa Chiara d'Assisi, immagine della Vergine Maria», en *Studi francescani* 9 (1994) 259-314, aquí 280-283.

En la Anunciación y en el *Magnificat* María proclama por dos veces que es la esclava colaboradora del Padre (Lc 1,38.48) en el proyecto de salvación. En el primer caso, declarándose disponible a la propuesta de maternidad; en el segundo caso, viéndose bajo la mirada del Padre, que obra por ella grandes cosas. Ella es elevada a la altura de reina, porque es hija de tal sumo Rey, *servidora* materna de tal Rey hacia su Hijo, Señor de la majestad. El último adjetivo-atributo *celestial* quiere indicar el origen y la meta de aquel que eleva a María a la dignidad de hija. El origen no es terreno, caduco, fugaz, temporal y falible, sino celestial, ante aquel que es eterno, verdadero, permanentemente vivo y real.

De esta manera, hija indica y define lo que Dios ha hecho en María, mientras el término *esclava* manifiesta cómo María se define y se revela a sí misma en relación con Dios, ante el cual pone cuidado en no pertenecer a sí misma, sino que se siente toda ofrecida a Dios, con una opción de vida de consagración virginal. Incluso esta cualidad física depende de aquella opción de ser esclava.

MADRE DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR JESUCRISTO

Escuchando la voz del ángel y obedeciendo la propuesta de Dios, María se convierte en madre de Jesús. Como las palabras «hija» y «esclava», así también «madre» permanece sin añadiduras ornamentales o calificativas como «querida» o «santa». La calificación de madre lo dice todo: madre de Dios, madre de nuestro santísimo Señor. El Hijo supera a la madre, en cuanto viene llamado «santísimo» y «Señor nuestro». No es solamente el Señor de María, sino también de todos nosotros. Ya en el mismo momento de la concepción, en el que María se convierte en madre, el niño pertenece a todos y es el Señor.

La maternidad divina es para Francisco el primero y el motivo más importante para venerar a la Virgen María, como resulta de su invitación dirigida a los hermanos de todos los tiempos, «los primeros y los últimos»: «Escuchad, hermanos míos: si la bienaventurada Virgen es tan honrada, como es justo, porque lo llevó en su santísimo seno (...), cuán santo, justo y digno debe ser quien toca con las manos, toma con la boca y el corazón y da a otros no a quien ha de morir, sino al que ha de vivir eternamente y está glorificado y en quien los ángeles desean sumirse en contemplación» (CtaO 21-22).

Como en las dos oraciones, que hemos recordado antes, también aquí la devoción a la Virgen se inserta en el más alto respeto hacia el Señor de la majestad, el Señor glorioso y vencedor, que se humilla en la Eucaristía, dándose a sus criaturas humanas. El punto central de la profesión de fe de parte de Francisco es la encarnación del Verbo en el seno de la Virgen María. A este respecto, usa términos que subrayan la realidad física de la encarnación, así por ejemplo en la segunda redacción de la *Carta a todos los fieles*:

«Este Verbo del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el altísimo Padre del cielo por medio del santo ángel Gabriel [fue enviado] al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la verdadera carne de nuestra humanidad y fragilidad» (2CtaF 4).

Ya K. Esser, veía en tales afirmaciones una reacción positiva a la herejía cátara, muy difundida en aquella época, una herejía que repetía el error de los docetas y, basándose en un principio dualístico, negaba la encarnación del Verbo, y, en consecuencia, reducía a nada la participación de la Virgen en la obra de la redención. Para manifestar su oposición a la herejía cátara, Francisco no arremete contra los adversarios —de hecho, no nombra nunca ni a los cátaros ni a otros herejes, ni siquiera discute sus teorías—, sino que sobre el rastro de Rom 12,21 («no te dejes vencer por el mal; antes bien, vence el mal con el bien») propone como hombre evangélico, mejor proclama la verdad católica en su famoso «Credo» hacia el final de la Regla no bulada:

«Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, Padre santo y justo, Señor rey del cielo y tierra, te damos gracias por ti mismo, pues por tu santa voluntad, y por medio de tu único Hijo con el Espíritu Santo, creaste todas las cosas espirituales y corporales, y a nosotros, hechos a tu imagen y semejanza, nos colocaste en el paraíso. Y nosotros caímos por nuestra culpa.

»Y te damos gracias porque, al igual que nos creaste por tu Hijo, así, por el santo amor con que nos amaste, quisiste que Él, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de la gloriosa siempre Virgen beatísima santa María, y que nosotros, cautivos, fuéramos redimidos por su cruz, y sangre, y muerte» (1 R 1-3)

El elogio de la majestad divina se funde aquí con el elogio de la humildad de Dios, que, por su amor hacia nosotros, se hace verdadero hombre, asumiendo nuestra carne en la Virgen María. Ésta es la criatura predilecta y predispuesta que acoge el plan de salvación del Padre y colabora con él.

ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO

Esta colaboración se expresa en un título de profunda intimidad: *Sponsa Spiritus Sancti*. Mientras todos los atributos precedentes que se han dado a la Virgen —Santa Virgen, hija, esclava, madre— se encuentran con frecuencia en la tradición, y en sustancia se remontan al Nuevo Testamento, el título «Esposa del Espíritu Santo» parece ser una novedad, una creación genuina del espíritu caballeresco de Francisco, enamorado de la «Señora, santa Reina, santa Madre de Dios», como la ha saludado con inspiración poética en el *Saludo a la Virgen*. Willibrord Lampen, en su estudio «De sancti Francisci cultu Angelorum et

Sanctorum»,⁹ después de una exploración minuciosa de los 600 títulos, aplicados a María por autores eclesiásticos de Oriente y de Occidente y recogidos en el primer volumen del jesuita C. Passaglia *De Immaculato Deiparae semper Virginis conceptu*,¹⁰ llega a la conclusión de que Francisco fue el primero en usar el título «Esposa del Espíritu Santo». Una investigación más reciente de Optato van Asseldonk lo confirma, aunque este último admite que el título se encuentra algunas veces en la antigua literatura de Oriente, después más frecuentemente en Occidente, en el siglo XII, a partir de los Países Bajos, donde un cierto predicador Tanquelmo († 1115) propuso a todo bautizado el matrimonio espiritual con el Espíritu Santo, movimiento contra el cual reaccionó san Norberto de Xanten († 1134). Pero Francisco ciertamente no sufrió el influjo de tales exageraciones, aunque podría haber estado en contacto con la visión del abad Joaquín de Fiore (1202), según el cual, María está estrechamente unida con el Espíritu Santo; ella, según la teoría de las tres edades del abad de Fiore, será madre de la futura iglesia espiritual: madre de Dios y madre de una iglesia pura y santa.¹¹ Sin embargo, aunque Joaquín subraye mucho que el Paráclito se servirá de la esposa María como Madre de la iglesia espiritual, no utiliza explícitamente el título «Esposa del Espíritu Santo». Por eso, «no parece exagerado sostener que Francisco fue el primero en nombrar a María como «Esposa del Espíritu Santo». Sus predecesores tienen expresiones semejantes, pero no la invocación «Esposa del espíritu Santo».¹²

Lo importante es que Francisco, colocando este título en una veneración bíblico-trinitaria, no ha caído en un exagerado entusiasmo espiritual o en un exceso de mística sponsal. Si bien en los *Opúsculos* de Francisco, «esposa» en la forma femenina recurre solamente aquí en la antífona en conexión con el Espíritu Santo (otras dos veces, el mismo Espíritu Santo es designado como «esposo»), la expresión tiene un gran peso a causa de la repetición de la antífona antes y después de cada salmo, apareciendo así 14 veces en la oración cotidiana de Francisco y Clara. La importancia y el influjo del título se deduce además del hecho que Francisco lo trasfiere a otras personas «inhabitadas por el Espíritu», aplicándolo a las clarisas e incluso a todos los creyentes, como veremos después.

⁹ En *Arch. Franc. Hist.* 20 (1957) 3-25, 15.

¹⁰ Nápoles 1855.

¹¹ Cf. A. CROCCO, «San Francesco e Gioachino da Fiore», en *Misc. Franc.* 82 (1982) 520-533.

¹² O. VAN ASSELDONK, «Maria, sposa dello Spirito Santo secondo Francesco d'Assisi», en *Laur.* 23 (1982) 414-423, 421; cf. ID. *Maria, Francesco e Chiara*, Roma 1989, 3

MARÍA Y LA IGLESIA

Hasta ahora hemos visto que Francisco no separa la alabanza de María de la alabanza a la Trinidad, que la ha escogido y la ha adornado de gracia por encima de toda criatura. Ni siquiera en su singular relación con Cristo, María ha sido separada de las otras dos personas divinas. Toda la Trinidad es la que obra y trabaja en María. Francisco, ni a nivel divino ni a nivel humano, contempla a María en sí misma: ella es vista en estrecha relación con la Iglesia y con el género humano.

VIRGEN HECHA IGLESIA

Raramente una elección editorial se ha impuesto tan rápidamente como esta. De hecho, la mayor parte de vosotros conoce la frase «María que siempre eres virgen», como se lee hasta ahora en la edición mayor de las *Fonti Francescane* (p. 176) y en alguna otra traducción. ¿Cómo se explica esta diferencia? Cuando K. Esser, en los años 60-70, estaba confrontando los antiguos códices que transmitían el *Saludo a la bienaventurada Virgen María*, constató que una minoría de los mismos ofrecía la versión *virgen hecha Iglesia*, mientras que casi todos traían la frase *virgen perpetua*. Ayudado por otros estudiosos, Esser optó por la *lección más difícil*, es decir, por la expresión inusual *Virgen hecha Iglesia*. Los motivos de tal opción son, en general, tres:

1. El grupo de los códices que leen *Virgen hecha Iglesia* es más antiguo que el de los que leen *virgen perpetua*.
2. La lectura *Virgen hecha Iglesia* está enraizada en la teología patristica y en la liturgia, donde aparece tanto la idea de la Iglesia como virgen y madre, como el concepto de María, prototipo de esta virgen-madre-iglesia.¹³
3. *Virgen hecha Iglesia* está más en consonancia con el contexto en el que aparece la expresión. De hecho, le siguen términos como «palacio», «tabernáculo», «casa», expresiones que desarrollan el pensamiento de la *Virgen hecha Iglesia*.

El descubrimiento de la versión original arroja luz sobre la devoción mariana y eclesial del Santo de Asís. Los dos elementos han de verse en unidad y en mutua compenetración. Para Francisco, María es, en cierto modo, la primera iglesia consagrada por el Señor uno y trino.

¹³ Cf. a propósito la abundante documentación ofrecida por H. PYFFEROEN, «Ave... Dei Genetrix Maria, quae est Virgo ecclesia facta», en *Laur.* 12 (1971) 412-434; O. VAN ASSELDONK, *Maria, Francesco e Chiara*, 135-137.

Encontrándose en la capilla de la Porciúncula, en la cual y por la cual ha sido compuesto¹⁴ probablemente el *Saludo*, Francisco, juglar del Gran Rey y ahora de la santa Reina, eleva casi espontáneamente una alabanza a María. «Santa María de los Ángeles era para él no solamente la iglesita que había reparado y que tanto amaba, sino también la persona de María misma presente en aquel santuario, con los ángeles alrededor.»¹⁵

Como es consagrada aquella iglesita, así, en sentido más profundo, María es consagrada por el Padre, ya que la ha hecho virgen-madre del Hijo y tabernáculo del Espíritu Santo. María es la virgen hecha iglesia. A través del edificio concreto de la iglesita, Francisco piensa en María y, a través de María, en la Iglesia. María, al mismo tiempo virgen y madre de Dios, llega ser tipo de la Iglesia, imagen primordial de la Iglesia virgen y madre. Un concepto que nos es familiar gracias al descubrimiento del Concilio Vaticano II que, sobre la pista de los Padres, define a la Iglesia como «virgen y madre»: virgen en la escucha de la Palabra de Dios, y madre en la generación de nuevos hijos por medio de su apostolado.

Para Francisco, una iglesia y un altar es, ante todo, un lugar en el que se repite y se prolonga el prodigio de la Encarnación del Hijo de Dios —como una vez por medio de la Virgen, así ahora por medio del sacerdote—:

«Ved que diariamente se humilla, como cuando desde el trono real descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros Él mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote» (Adm. 1, 16-18).

Por eso, se puede ver también en el *Saludo a la Virgen* una oda a la Iglesia. Aunque contenga una sola vez el término «iglesia», ella ofrece las motivaciones más profundas por la conocida sumisión y fidelidad de Francisco a la Iglesia (1 R 12,4; Test 6).

María en la comunión de los Santos

Otro aspecto de la devoción de Francisco a María se encuentra en el hecho de que él la invoca junto con otros santos. La *Antífona*, después de haber catalogado los privilegios esenciales de María recibidos de Dios, desemboca en la súplica: «Ruega por nosotros, junto con el arcángel san Miguel y todas las virtudes del

¹⁴ H. PYFFEROEN, «Fuditne S. Franciscus suas duas preces mariales ad S. Mariam de Angelis ad Portiunculam?», en *Laur.* 11 (1970) 267-307, 447-458.

¹⁵ H. PYFFEROEN-O. VAN ASSELONK, *María santísima e lo Spirito Santo*, 449.

cielo y con todos los santos.» «Ruega por nosotros» era y es la conocida respuesta a cada invocación en las letanías de los santos. Lo que aquí impacta es la ampliación de la breve petición. Francisco pone a María no sola, sino en compañía de los ángeles y de los santos. Miguel es llamado por su nombre, porque Francisco nutría por él una especial veneración, como se deduce también de la *Exhortación a la alabanza de Dios*, donde se encuentran el saludo angélico a María, la alabanza de la Trinidad y la invocación a Miguel: «Salve, María, llena de gracia, el Señor está contigo ... Bendita sea la santa Trinidad e indivisa Unidad. San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla» (ExhAID 4 y 16-17).

Recordemos también lo que escribió Fr. León de su puño y letra en el margen superior del pergamino que le dio Francisco como remedio contra una tentación espiritual y hoy conservado en Asís como precioso autógrafa tanto de Fr. Francisco como de Fr. León. Sobre el lado del pergamino que contiene la Bendición a Fr. León con el signo T está escrito con tinta roja:

«El bienaventurado Francisco, dos años antes de su muerte, hizo una cuaresma en el monte Alverna en honor de la bienaventurada Virgen María, madre de Dios, y del bienaventurado Miguel arcángel, desde la fiesta de la Asunción de santa María Virgen hasta la fiesta de san Miguel arcángel; y la mano de Dios se posó sobre él mediante la visión y las palabras del serafín y la impresión de las llagas de Cristo en su cuerpo.»¹⁶

Una semejante comunión de los santos aparece de nuevo en el *Pater noster* de Francisco, donde él alarga, de este modo, la quinta petición del modelo dado por Jesús:

«Y *perdónanos nuestras deudas* (Mat 6, 12): por tu inefable misericordia, por la virtud de la pasión de tu amado Hijo y por los méritos e intercesión de la beatísima Virgen y de todos tus elegidos» (Pater 7).

Una visión más explícita y más completa de la comunión de los santos la tenemos en el largo capítulo 23 de la Regla no Bulada, la primera parte del mismo es una acción de gracias, una especie de prefacio a causa del repetido «Te damos gracias», y la segunda parte es una fuerte exhortación a todos los estados de vida y a todas las gentes para que amemos, sirvamos y demos gracias al sumo Dios eterno, Trinidad y Unidad, Creador, Redentor y Salvador. Después del triple «te damos gracias» en los primeros ocho versos, sigue la constatación de nuestra caída y de nuestra condición deplorable. «Y porque todos nosotros, míseros y

¹⁶ *Fonti Francescane* 261, nota 1. Cf. ahora el importante estudio crítico de A. BARTOLI LANGELI, *Gli autografi di frate Francesco e di frate Leone* (Autographa Medii Aevi, V), Turnhout 2000, 31-35.

pecadores, no somos dignos de nombrarte» debemos recurrir a los mediadores: Cristo, María, los ángeles y los santos. Sigue toda una letanía de los santos que, en algunos momentos, se distingue de las letanías oficiales, especialmente en el optimismo de reconocer la presencia de los santos no sólo en el pasado, sino también en el presente y en el futuro.

«Y a la gloriosa madre y beatísima siempre Virgen María, a los bienaventurados Miguel, Gabriel y Rafael y a todos los coros de los bienaventurados serafines, querubines, tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes, ángeles, arcángeles; a los bienaventurados san Juan Bautista, Juan Evangelista, Pedro y Pablo y a los bienaventurados patriarcas, profetas, inocentes, apóstoles, evangelistas, discípulos, mártires, confesores, vírgenes; a los bienaventurados Elías y Enoc y a todos los santos que fueron, y serán, y son, les suplicamos humildemente, por tu amor, que, como te agrada, por estas cosas te den gracias a ti, sumo Dios verdadero, eterno y vivo, con tu queridísimo Hijo nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo Paráclito, por los siglos de los siglos. Amén ¡Aleluya!» (1 R 23, 6).

Abogada de la Orden, intercesora de la Iglesia militante

En las dos últimas plegarias que se han citado, María aparece a la cabeza de los santos invocados. Sabedor de que «ningún hombre es digno de hacer de ti mención» (Cánt 2), Francisco suplica, en primer lugar, a María, la «llena de gracia», después a los ángeles y a los santos para que intercedan por él, por su fraternidad, por la Iglesia, peregrina hacia la patria eterna, y por toda la humanidad. Él ve, en estrecha unión, a la iglesia terrena, todavía expuesta a muchos peligros, y a la Iglesia celeste, que goza de la plena comunión con Dios, sumo bien. Deseando llegar al reino de Dios, «donde se halla la visión manifiesta de ti, el perfecto amor a ti, tu dichosa compañía, la fruición de ti por siempre» (ParPN 4), la Iglesia peregrina debe ponerse, día a día, en contacto con la celeste por medio de la oración. He aquí porque las *Alabanzas que se han de decir en todas las horas* se caracterizan por un fuerte empuje hacia la gloria futura.

Lo que en Francisco está presente sólo implícitamente, se hace explícito en Clara, que distingue una Iglesia militante y una Iglesia triunfante. En su *Bendición*, implora la mediación de Jesucristo, el Señor, y de todos los santos, para que el Padre celestial bendiga a las hermanas y hermanos en la tierra y en el cielo, abrazando así nuestra existencia temporal y la futura:

«Yo Clara, servidora de Cristo y pequeña planta de nuestra padre san Francisco, hermana y madre vuestra y de las demás hermanas pobres, aunque indigna, ruego a nuestro Señor Jesucristo, por su misericordia y por la intercesión de su santísima Madre santa María, del bienaventurado san Miguel arcángel y de todos

los santos ángeles, del bienaventurado padre san Francisco y de todos los santos y santas de Dios, que el mismo Padre celestial os dé y confirme esta santísima bendición en el cielo y en la tierra, multiplicándoos en gracia y en sus virtudes entre sus siervos y siervas en su Iglesia militante; en el cielo, ensalzándoos y glorificándoos entre sus santos y santas en su Iglesia triunfante» (BenCl 6-10).

Como Francisco así también Clara confía en la intercesión de la «santísima Madre santa María», de los ángeles y de los santos, pero a diferencia de Francisco añade «y santas». Consciente de que la humanidad está compuesta de hombres y de mujeres, Clara, en su breve *Bendición*, emplea seis veces la forma lingüística femenina, junto con la masculina: *santos y santas* (dos veces), señal inequívoca de un lenguaje inclusivo, hoy tan considerado en los Estados Unidos, y que falta tanto en la liturgia romana.¹⁷

El título «abogada» en vano lo buscamos en los escritos de Francisco y Clara. Pero lo que expresa el título, se encuentra ya en la súplica de la *Antífona* antes citada: «...ruega por nosotros (...) ante tu santísimo Hijo amado, señor y maestro» (OfP Ant 3).

A este propósito, escribe J. Schneider en su detallado análisis de la *Antífona*: «La parte invocativa comienza con el simple imperativo *ruega* que contiene la justificación de todo lo que se ha dicho precedentemente en el indicativo: el ser de María funda su posible *obrar*, a quien ahora se invoca en forma imperativa (...) Con el *por* hace propia nuestra existencia, haciéndose portavoz e intercediendo por ella, a través del *con*, es decir junto y con la ayuda de los ángeles y de los santos, para, finalmente, darse a sí misma al propio Hijo en el *junto* como mediadora.»¹⁸ Es lícito hacer la unión con el Crucifijo de San Damián, donde están pintados, a la derecha de Jesús, María y Juan, el discípulo amado. El pintor tenía delante de los ojos la escena descrita en Juan 19, 25-27: «Estaban junto a la cruz de Jesús su madre; la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a su madre y a su lado al discípulo amado, dijo Jesús: "Mujer, ése es tu hijo." Y luego al discípulo: "Ésa es tu madre." Desde entonces el discípulo la tuvo en su casa.»

Como se sabe, Francisco meditaba en este Crucifijo de San Damián y se sentía fuertemente interpelado por él durante toda su vida. Por eso, es de presumir que el relato evangélico con su doble *junto* y su representación en la tabla pintada, en la que figura María y las otras personas *junto* a la cruz haya sido la

¹⁷ Cf. L. LEHMANN, «La bendición de santa Clara», en *Sel Fran* 69 (1994) 370.

¹⁸ J. SCHNEIDER, *Virgo ecclesia facta*, 174-175.

fuente inspiradora para aquella súplica repetida muchas veces cada día: *ruega por nosotros ... ante tu ... amado Hijo*.

Por esta preposición «apud» (ante) y por la confianza en la intercesión de la Virgen, expresada —como hemos visto— en las oraciones de Francisco, se pasa fácilmente al título de «abogada» que Francisco habría usado para María según Tomás de Celano y Buenaventura. Éste último refiere la elección de María como abogada, por parte de Francisco, ya en los años de su conversión, situándola justamente en la Porciúncula:

«Mientras moraba en la iglesia de la Virgen, madre de Dios, su siervo Francisco insistía, con continuos gemidos ante aquella que engendró al Verbo *lleno de gracia y de verdad*, en que se dignara ser su abogada, al fin logró —por los méritos de la madre de misericordia— concebir y dar a luz el espíritu de la verdad evangélica» (LM 3, 1).

Aquella que era abogada para él, tenía que ser también abogada para su fraternidad. Por eso Buenaventura refiere que Francisco constituyó a María, por un periodo sucesivo, como abogada suya y de sus hermanos. Y en este contexto nos narra también la motivación más profunda del amor de Francisco hacia la Madre del Redentor.

«Amaba con indecible afecto a la Madre del Señor Jesús, por ser ella la que ha convertido en hermano nuestro al Señor de la majestad y por haber nosotros alcanzado misericordia mediante ella. Después de Cristo, depositaba principalmente en la misma su confianza: por eso la constituyó abogada suya y de todos sus hermanos, y ayunaba en su honor con suma devoción desde la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo hasta la fiesta de la Asunción.»

Este pasaje hace eco a lo que ha escrito Tomás de Celano en la *Vida II*, donde aparece ya el título *abogada de la Orden* y como tal se le suplica insistentemente que proteja a la comunidad:

«Rodeaba de amor indecible a la Madre de Jesús, por haber hecho hermano nuestro al Señor de la majestad. Le tributaba peculiares alabanzas, le multiplicaba oraciones, le ofrecía afectos, tantos y tales como no puede expresar lengua humana. Pero lo que más alegra es que la constituyó abogada de la Orden y puso bajo sus alas, para que los nutriese y protegiese hasta el fin, los hijos que estaba a punto de abandonar. ¡Ea, Abogada de los pobres!, cumple con nosotros tu misión de tutora hasta el día señalado por el Padre» (2Cel 198).

En su *Tratado de los milagros*, Tomás de Celano da la noticia incidentalmente de que Francisco sabía la *Salve Regina* y que la sabía también la mujer en dificultad por el parto inminente (3Cel 106). Los cistercienses eligieron a la Virgen como abogada de su Orden y en el capítulo general de 1218, establecieron cantar todas

las tardes la antífona *Salve Regina*.¹⁹ Está claro que ya antes esta antífona estaba en uso y bastante difundida, como atestigua la mujer mencionada por Tomás y curada por Francisco. Por eso, ha tomado el título «abogada nuestra» de la *Salve Regina*, aplicándolo a su Orden. Por otra parte, es significativo que nunca llame a María «Patrona» de la Orden. El Patrono principal es el mismo Señor (2Cel 158). María es y permanece la abogada, que representa a los frailes menores ante el Señor, que es Hijo suyo e Hijo de Dios, intercediendo por ellos.

MARÍA Y NUESTRA MISIÓN

SOMOS MADRES

En el primer párrafo, hemos visto cómo los títulos que se dan a la Madre de Dios nos reenvían a una de las tres personas divinas. Lo que es María, lo es por la gracia de Dios. Estamos de acuerdo con las palabras de Samuel Duranti, que decía: «Se debe subrayar el carácter trinitario de la devoción mariana de Francisco y la síntesis mariológica, fuerte e incisiva. La Santísima Trinidad se inclina sobre María y la eleva a una dignidad que roza la divinidad misma. Cada una de las tres Personas establece con ella una relación singularísima, única: Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo.»²⁰ Sin embargo o gracias a esta íntima y singularísima relación, María es vista también en relación con nosotros y, en primer lugar, con las Damas Pobres de San Damián. Aquella antífona, que expresa la íntima unión de María con la santísima Trinidad, debía ser muy querida para ellas, porque recordaba la *Forma vivendi* recibida en los inicios de su experiencia de vida religiosa en común, en los años 1212-14. Retomamos, pues, otra vez la antífona, confrontándola ahora no con un texto litúrgico extrafranciscano, sino con un texto del mismo Francisco:

Antífona del Oficio de la Pasión

Santa Virgen María, no ha nacido en el mundo entre las mujeres ninguna semejante a ti, hija y esclava del altísimo, sumo Rey y Padre celestial, madre

Forma de vida para San Damián

Ya que por divina inspiración, os habéis hecho hijas y siervas del altísimo y sumo Rey y Padre celestial y os habéis desposado con el Espíritu Santo, eli-

¹⁹ Cf. K. ESSER, *La devozione a Maria*, 309

²⁰ S. DURANTI, *Pregchiere di Francesco d'Assisi*, Santa María de los Ángeles - Asís 1988, 82.

de nuestro santísimo Señor esposa del Espíritu Santo:

Ruega por nosotros,

con el arcángel san Miguel y todas las virtudes del cielo y con todos los Santos, ante tu santísimo Hijo amado, Señor y maestro.

giendo vivir según la perfección del santo Evangelio, quiero y prometo dispensaros siempre, por mí mismo y por medio de mis hermanos, y como a ellos, un amoroso cuidado y una especial solicitud.

Tengamos presente que la antifona es una oración a la Virgen, recitada muchas veces al día tanto por los hermanos como por las hermanas, mientras que el otro texto es una propuesta de vida, por tanto son dos géneros literarios diferentes. Y sin embargo, el segundo ha sido formulado sobre el modelo del primero. Sin querer afirmar que la antifona es anterior a la *Forma vivendi*, es posible que Francisco, ya de tiempo, contemplara a la Virgen bajo aquellos títulos que confluyen después en su antifona²¹ y en su *Saludo a la bienaventurada Virgen María*. Así bien pronto, trasfiere los títulos marianos, habituales en la liturgia, a las mujeres deseosas de la perfección evangélica, atribuyéndolas en modo sorprendente a Clara y a las primeras hermanas. Clara misma confirma en su *Testamento* que, poco después de su clamorosa salida de la casa-torre de los Offreducio y después de haber prometido, junto con las hermanas, obediencia a Francisco, «luego nos escribí la forma de vida» (TestCl 33). Confrontando los dos textos, no se puede negar la semejanza de los títulos que Francisco atribuye, por un lado, a María, y, por otro, a Clara y sus hermanas. Pero hay también una gran diferencia: la *Forma de vida* subraya la actuación de las mujeres bajo la inspiración divina; con su libre elección, se han hecho hijas y siervas del Padre celestial; se han desposado con el Espíritu Santo, en cuanto que han elegido vivir según la perfección del santo Evangelio. ¡María tiene todo esto gratuitamente! Ella es como ninguna otra entre las mujeres: nacida hija y sierva del altísimo sumo Rey. Ella es esposa del Espíritu Santo desde el primer momento de su existencia, aquí tenemos un indicio por el que más tarde será llamada «Inmaculada Concepción». María es el irrepetible original (no ha nacido otra semejante a ella); en su relación con la Trinidad, es el arquetipo de la Iglesia (Virgen hecha iglesia), mientras que Clara, como «impronta (vestigio) de la Madre de Dios» (LCI, Pról.), debe glorificar al Padre en la Iglesia y hacerse madre de Jesucristo, viviendo su evangelio y

²¹ En muchos códices aparece descolgada del Oficio de la Pasión (cf. K. ESSER, *Die Opuscula*, 335). Puede darse que la antifona, como oración mariana, circulaba ya antes de su inserción en el Oficio. Cf. L. LEHMANN, *Tiefe und wietwo*, 99; J. SCHNEIDER, *Virgo ecclesia facta*, 144-145.

uniéndose al Espíritu Santo. Contemplar los privilegios de María resulta para las clarisas una tarea; un empeño difícil que necesita una asistencia por parte de los hermanos. Y ésta es la asistencia que Francisco promete, en nombre suyo y en el de sus sucesores, para siempre.

Cumplimientos y empeños, estos son los dos lados del breve escrito. Francisco pide a las hermanas nada menos que la *perfección evangélica*, pero antes se congratula con ellas, porque han hecho una opción fundamental: se han puesto de parte de Dios, han elegido otro Padre Rey y otro Esposo. Viviendo así, pueden llegar a ser *otra María*. Mejor, han llegado ya a ser *hijas y siervas* del Padre celestial y *esposas* del Espíritu Santo, justo como María. En esto consiste su dignidad, su gran vocación y su semejanza con María.

Clara misma ha asumido entusiásticamente la triple denominación «hija, sierva, esposa», y ha profundizado los impulsos de su padre espiritual en la perspectiva del particular carisma femenino de la Segunda Orden. Así, por ejemplo, en la *Segunda Carta a Inés*, saluda a su amiga de la lejana Praga como «Hija del Rey de reyes, sierva del Señor de los señores y dignísima esposa de Jesucristo» (2CtaCl 1). No se puede dejar de notar el desplazamiento hecho por Clara: las que para Francisco están desposadas con el Espíritu Santo, son ahora «Esposas de Jesucristo». Con esto, Clara se aleja también del concepto de María como *Esposa del Espíritu Santo*. Ella nunca llama a María así. Se concentra más bien sobre Jesucristo, como resulta ya de la primera carta escrita con probabilidad²² inmediatamente después que la hija del rey Ottokar I de Bohemia (1197-1230) había rechazado las bodas con el rey Enrique III de Inglaterra (1216-72) e incluso con el emperador Federico II y había escogido decididamente el seguimiento de Cristo, sellado con la entrada en el monasterio de San Salvador, por ella fundado,²³ en Pentecostés de 1234. En esta carta Clara se congratula con Inés y pone de relieve la estirpe más noble del esposo que ella ha preferido:

...con entereza de alma y enamorado corazón, habéis preferido la santísima pobreza y la escasez corporal, uniéndoos con el Esposo del más noble linaje, el Señor Jesucristo. El guardará vuestra virginidad siempre intacta y sin mancilla (1CtaCl 6-7).

²² Otros la colocan antes de Pentecostés del 1234: cf. la discusión y el cuadro de opiniones en *Leben und Schriften del hl. Klara von Assisi*, preparado por E. Grau y M. Schlosser, Kvelaer 2001, 178-179.

²³ Cf. J. POLC, *Agnes von Böhmen 1211-1292. Königstochter - Äbtissin - Heilige*, München 1989, 38-40.

Por más que Clara subraye el valor de la virginidad conservada por toda la vida, no se hace promotora de una virginidad estéril, sino al servicio del nacimiento de Jesús en el mundo. El gran ejemplo para esto es María, «la Virgen de las Vírgenes». Lo que María ha sido en el nivel histórico, viene trasportado al nivel místico, ya que lo que María ha llevado físicamente, Inés puede llevarlo espiritualmente, como Clara explica en la tercera carta:

La gloriosa Virgen de las vírgenes lo llevó materialmente; tú, siguiendo sus huellas, principalmente las de la humildad y la pobreza, puedes llevarlo espiritualmente siempre, fuera de toda duda, en tu cuerpo casto y virginal; de ese modo contienes en ti a quien te contiene a ti y a los seres todos.

El ejemplo de la Virgen llega a ser, pues, fundamental. Toda clarisa, en cuanto virgen-esposa, está llamada a una maternidad espiritual.

Clara puede haber aprendido esto a través de la *Forma de vida* dada por Francisco o también por su enseñanza posterior, atestiguado por el *Testamento*, en el que Clara reconoce su nueva «Orden» como «pequeña grey que el Señor Padre ha engendrado en su Iglesia por medio de la palabra y del ejemplo de nuestro bienaventurado padre san Francisco» (TestCl 46). De todas formas, es sorprendente que Francisco no reserve el concepto de maternidad espiritual sólo para las clarisas o mujeres en general, sino que lo aplica a todos los fieles, hombres y mujeres. Todos los que se empeñan en vivir el Evangelio en el ámbito de la Iglesia, haciendo penitencia y frecuentando los sacramentos, pueden llegar a ser «esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo», como explica Francisco en una bellísima página de su *Carta a todos los fieles*:

¡Oh, cuán dichosos y benditos son los hombres y mujeres que practican estas cosas y perseveran en ellas! Porque se posará sobre ellos el espíritu del Señor y hará en ellos habitación y morada; y son hijos del Padre celestial, cuyas obras realizan; y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo.

Somos esposos cuando el alma fiel se une, por el espíritu Santo, a nuestro Señor Jesucristo. Le somos hermanos cuando cumplimos la voluntad del Padre, que está en los cielos. Madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor divino y por una conciencia pura y sincera, y lo alumbramos por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros.

¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande! ¡Oh, cuán santo es tener un tal esposo, consolador, hermoso y admirable! ¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano y un tal hijo, agradable, humilde y pacífico, dulce, amable y más que todas las cosas deseable, nuestro Señor Jesucristo... (1CtaF 5-13: cf. 2CtaF 48-56).

Partiendo de la palabra de Jesús: «Quien hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt. 12, 50), Francisco reelabora una auténtica mística cristiana, fundada sobre la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Meditando la inhabitación de la santísima Trinidad, prorrumpe en un triple grito de júbilo, lleno de estupor (triple Oh!) y caracterizado por una intensidad creciente, como demuestran ya los adjetivos siempre más numerosos.

Así como en sus oraciones, Francisco contempla a María no aisladamente, sino en relación con las tres personas divinas, así en sus cartas la propone como arquetipo de la dignidad humana y modelo para contemplar y seguir. María, elegida por el Padre, consagrada por el Hijo con el Espíritu Santo, es expresión particular del íntimo vínculo que une a Dios con el hombre, como corona de la creación y redención, después de su caída. La sumisión de María a Dios, su «sí» a la voluntad de Dios y su unión con el Hijo, incluso en la pasión, son la expresión más profunda de cuál pueda ser la relación de todo cristiano con Dios. Por eso, Francisco extiende los títulos de dignidad, que en el fondo se refieren sólo a María por su maternidad divina, a todos los hombres y a todas las mujeres que viven en la penitencia, o sea, vueltos a Dios y conscientes de su dignidad y responsabilidad.

Que María, incluso en su maternidad, pueda ser modelo para todo cristiano, no es fácil de comprender. De hecho, «y el hijo» (presente en el más antiguo códice de Asís y en el de Volterra), bien pronto fue omitido en la tradición manuscrita y restaurado sólo en la última edición crítica de K Esser. «Tener a Jesús como hijo» se prestaba a desviaciones heréticas o a devociones exageradas. De todas formas, en Francisco la sumisión está situada en un contexto místico de sólida y sana doctrina cristiana. Es evidente que también aquí su mística se convierte en misión: el pensamiento de poner en el mundo a Jesús y, por tanto, de tenerlo como hijo, constituye bien un motivo de inmensa alegría bien un estímulo para la acción. De hecho, el ser madre de Cristo es una posibilidad ofrecida a todos los creyentes, pero con una condición:

Madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor divino y por una conciencia pura y sincera, y lo alumbramos por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros (1CtaF 1, 10)

Es oportuno hacer al menos una alusión a la famosa celebración de la Natividad en Greccio, hace justo 780 años. También allí, Francisco, encendido en el divino amor, llevó en su corazón y en su cuerpo al Niño Jesús, a Él cantaba las alabanzas y predicaba sobre Él con tanta emoción que Jesús se despertó en los corazones de los que escuchaban. Aquella «sacra representación» condujo a la gente a la «santa operación», a obrar según la voluntad de Dios.

De manera semejante, se encuentran juntas mística y misión en el salmo de Navidad, el más personal de los 15 salmos compuestos por Francisco. Invita a todos a elevar un canto de júbilo,

Porque el santísimo Padre del cielo, nuestro Rey antes de los siglos, envió a su amado Hijo de lo alto, y nació de la bienaventurada Virgen santa María

Porque se nos ha dado un niño santísimo amado, y nació por nosotros fuera de casa y fue colocado en un pesebre, porque no había sitio en la posada.

Pero hacia el final del salmo, la alabanza se convierte en una exhortación a no pararse sólo en la alegría de la encarnación de Dios, sino a cumplir cuanto el Hijo de Dios ha dicho, y a seguirlo con perseverancia incluso en las dificultades:

Tomad vuestros cuerpos y cargad con su santa cruz y seguid hasta el fin sus santísimos preceptos (OfP, salmo 15, 3.7.13).

Cuánto esté ligada la veneración de María al seguimiento de su Hijo, se nota bien en un pasaje de la *Regla no bulada*:

Empéñense todos los hermanos en seguir la humildad y la pobreza de nuestro Señor Jesucristo (...) Y, cuando sea menester, vayan por limosna. Y no se avergüencen; y más bien recuerden que nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios vivo omnipotente, puso su faz como piedra durísima y no se avergonzó; y fue pobre y huésped y vivió de limosna tanto Él como la Virgen bienaventurada y sus discípulos (1 R 9, 1.3-5).

Si la afirmación de que Jesús vivió de limosna no está fundada en los evangelios, sino más bien es debida a los apócrifos,²⁴ está claro que Francisco quiere vivir una vida itinerante como Jesús con los apóstoles y en medio de ellos, al menos temporalmente, como la Virgen María. Lo que ha vivido por muchos años, lo vuelve a prometer y reconfirmar hacia el final de su vida, haciendo de su decisión una «última voluntad» para sus Señoras en torno a Clara, la cual ha insertado puntualmente esta firme voluntad de Francisco en el corazón de su Regla:

²⁴ Cf. F. MANNS, «San Francesco e gli Apocrifi», en *Frate Francesco* 45 (1978) 79-84 (sin referencia a 1 R 9, 5); R. MANSSELLI, «La povertà nella vita di Francesco d'Assisi», en *La povertà del secolo XII e Francesco d'Assisi* (Actas del II Congreso Internacional, Asís 17-19 octubre 1974), Asís 1975, 255-282, aquí 277.

Yo el hermano Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza de nuestro altísimo señor Jesucristo y de su santísima Madre y perseverar en ella hasta el fin; y os ruego, mis señoras, y os aconsejo que viváis siempre en esta santísima vida y pobreza (RCI 6, 7-8).

Por su parte, Clara no quiere otra cosa que cumplir esta voluntad de su padre espiritual. Cercana a la muerte escribió su *Testamento*, en el que insiste mucho sobre la pobreza. Y para que ésta sea observada lo más fielmente posible, pide también al Cardenal protector:

Que, por amor de aquel Señor que fue pobre recostado en el pesebre, pobre vivió en el mundo y desnudo permaneció en el patíbulo, vele siempre para que esta pequeña grey, que el Señor Padre engendró en su santa Iglesia por medio de la palabra y ejemplo de nuestro bienaventurado padre san Francisco y por la pobreza y humildad que practicó en seguimiento de la del amado Hijo de Dios y de la gloriosa Virgen María su Madre, observe la santa pobreza que prometimos a Dios y a nuestro beatísimo padre Francisco y tenga a bien animarlas siempre y hacer que perseveren en ella.

SOMOS ESPEJO

El propósito de santa Clara, repetido en todos sus escritos, era imitar la pobreza y humildad del amado Hijo de Dios. Para poder imitar esta pobreza y humildad, invita a contemplar al amado Hijo de Dios como mirando en un espejo:

Tú, oh reina, esposa de Jesucristo, mira diariamente este espejo, y observa constantemente en él tu rostro; así podrás vestirme hermosamente y del todo, interior y exteriormente, y ceñirme de preciosidades y adornarte juntamente con las flores y las prendas de todas las virtudes, como corresponde a quien es hija y esposa castísima del Rey supremo. Ahora bien, en este espejo resplandecen la bienaventurada pobreza, la santa humildad y la inefable caridad, como lo podrás contemplar en todo el espejo (4Cta CI 14-18).

Después, siguen tres niveles del espejo (*al comienzo - en el centro - en lo más alto*) casi como tres grados de contemplación, en los cuales se recomienda contemplar la humildad y la pobreza «de Aquel que es colocado en un pesebre y envuelto en pañales», después la santa «humildad y juntamente la pobreza, los múltiples trabajos y penalidades que soportó por la redención del género humano», y como punto tercero «la inefable caridad: con ella escogió padecer en el leño de la cruz y morir en él con la muerte más infamante» (4CtaCI 19-23).

Como para Francisco, la felicidad de que podamos ser hermanos e incluso madres de Jesucristo está unida a la condición de engendrar al hijo a través del buen ejemplo, así para santa Clara, la contemplación del espejo, es decir, de la vida y de la pasión de Jesús, se transforma en un empeño de ser espejo para los otros. Es digno de notar, como ella, viviendo en clausura, reconozca la misión apostólica de su vida, resumiéndola en esta bellísima frase que describe la doble dimensión de ser espejo:

El mismo Señor nos puso a nosotras como modelo para ejemplo y espejo no sólo ante los extraños, sino también ante nuestras hermanas, que fueron llamadas por el Señor a nuestra vocación, con el fin de que ellas a su vez sean espejo y ejemplo para los que viven en el mundo (TestCI 19-20)

El conocimiento de ser espejo era tan fuerte en santa Clara que se podría aplicar a ella la invocación, referida a María, en las letanías lauretanas: «Tú, espejo de la sabiduría, Tú, espejo de la pureza...» De hecho, en el anuncio oficial de la muerte de santa Clara se da esta triste noticia:

Ha desaparecido de nuestros ojos el espejo de la estrella matutina, aquel espejo en el que admirábamos la imagen de la verdadera luz... (AFH 13, 1920, 496).

Si la Virgen María desde la antigüedad es llamada «Estrella matutina», con razón Clara se llama aquí «espejo de la Estrella matutina»; ha sido *otra María*, opinión que se expresa, por lo demás, en un fuerte filón iconográfico²⁵ e incluso ya en la visión de Sor Bienvenida, convocada como testigo para el proceso de canonización. Ésta narró que santa Clara a punto de morir fue visitada por algunas vírgenes, entre las que sobresalía por altura y belleza la Virgen María. Ésta se acercó al lecho de la virgen Clara y se inclinó sobre ella de tal forma que los dos rostros quedaron fundidos en uno y ella «no pudo distinguir el uno del otro» (Proc 11, 4).²⁶

²⁵ Cf., por ejemplo, C. BRUNIS, *Chiara d'Assisi come altera Maria. Le Miniature della Vita di santa Chiara nel manoscritto: Thennenbach-4 di Karlsruhe* (Iconographia Franciscana, 12), Roma 1999.

²⁶ También este testimonio ha creado un filón iconográfico, iniciando con la más antigua Tabla de santa Clara del Maestro de santa Clara (1283), conservada todavía hoy en la Basílica dedicada a la Santa.

¿INDICIOS DE LA INMACULADA EN FRANCISCO?

La veneración de Francisco hacia la Madre de Dios está unida al Evangelio, a las oraciones privadas y litúrgicas y a las imágenes de su tiempo, por otra parte, supera también las costumbres de su tiempo. Con su simplicidad y su meditación, ha conseguido penetrar el gran misterio de la encarnación con intuiciones incluso originales, invocando, por ejemplo, a María como *Virgen hecha Iglesia* y como *esposa del Espíritu Santo*. «La María que él celebra es la María del Evangelio, tocada de la gracia divina y humildemente preparada a los proyectos de Dios, cuya obra más grande es el habernos entregado, con la intervención del Espíritu Santo, a Jesús nuestro hermano, permaneciendo unida a Él en su misión de redención del hombre.»²⁷ Los títulos utilizados para María, que por lo demás no se repiten nunca en la misma plegaria, son muy ponderados y no meros ornamentos. En los privilegios de María, se exalta su participación en la obra divina de salvación, en una vida dispuesta y sometida a la voluntad de Dios. Es esta íntima unión con Dios, en donde podemos buscar algún indicio que permita ver la Inmaculada Concepción contenida ya en el pensamiento de Francisco, evidentemente no de manera explícita, al máximo implícitamente.

MARÍA, LA QUE TUVO Y TIENE TODA PLENITUD DE GRACIA Y TODO BIEN

Al principio de nuestro trabajo hemos presentado el *Saludo a la bienaventurada Virgen María*, una lauda en tres estrofas que ve a la «virgen hecha iglesia» en estrecha unión con la santísima Trinidad. El *Salve (Ave)* al principio del saludo, y repetido después siete veces, recuerda el *Ave María*, bastante difundida en tiempos de san Francisco y seguramente repetida por él a menudo. Esta oración, que une el saludo del ángel Gabriel a María con el de Isabel (Lc 1, 28.42), tiene como centro la «llena de gracia». Es interesante cómo Francisco alarga y amplifica este núcleo de la oración:

Salve

María

Llena de gracia

Salve, Señora, santa Reina

Santa María Madre de Dios

La que tuvo y tiene toda plenitud de gracia y todo bien.

²⁷ L. SANGERMANO, *Francesco attraverso i suoi scritti*, Istituto Storico dei Cappuccini, Roma 1995, 287-288.

Se nota cómo Francisco parte de la expresión «llena de gracia», actuándola con las palabras «la que tuvo y tiene toda plenitud de gracia y todo bien». Hay aquí un paralelismo, casi una sinonimia de «toda plenitud de gracia» con la locución «todo bien». Aparte la aplicación del «todo», repetido dos veces en breve tiempo y típico en el lenguaje omnicomprendivo del Poverello, hay aquí una especificación de lo que quiere decir «llena de gracia»: quiere decir que María tuvo y tiene todo bien. Advierte, a este propósito, el biblista Francesco Uricchio: «Hay que manifestar que el santo, sin conocer el griego, pero guiado por su olfato sobrenatural y por su amor a María, con la frase “la que tuvo y tiene” traduce muy bien el sentido del pluscuamperfecto pasivo del griego “kejaritômene”, que incluye el pasado y el presente de María.»²⁸

Si María «tuvo y tiene toda plenitud de gracia y todo bien», se puede concluir que desde el principio de su existencia, por tanto desde su concepción, no había en ella ningún espacio para el mal, ni siquiera para el pecado original. Preservada del pecado a causa de una gracia particular, María es y permanece la llena de gracia, en la cual el mal no tiene lugar, porque ha sido habitada sólo por el bien y por todo bien. Este bien, en lenguaje de Francisco, es Dios mismo, «del cual proviene todo bien y sin el cual no existe ningún bien» (ParPN).

MARÍA-ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO

Como hemos visto, este título no es otro que la fina y amorosa expresión de la íntima unión de María con la santísima Trinidad. El título se puede comprender como personalización de un concepto más bien abstracto, elaborado más tarde: si el Espíritu Santo ha descendido sobre la Virgen María en el momento de la encarnación del Verbo, éste puede haber descendido también en el momento de su concepción en el seno de su madre, para preservarla de toda mancha. Para decirlo con palabras de Francisco: entre todas las mujeres nacidas en el mundo no hay ninguna semejante a María, elegida por el santísimo Padre celestial, que la ha consagrado con el Espíritu Santo. Esta elección y consagración no se puede pensar sino desde el principio, desde la concepción.

La devoción mariana de Francisco y Clara es, en muchos puntos, simple expresión de la tradición cristiana, pero hecha propia con añadidos originales. Los dos santos de Asís han dejado una impronta que se desarrollará en todas las ramas de sus Órdenes. Habrán profundizaciones doctrinales y devociones

²⁸ F. URICCHIO, «San Francesco e il Vangelo dell’infanzia di Luca», en *Parola di Dio e Francesco d’Assisi*, Asís 1982, 90-154, aquí 101 nota 31.

particulares acerca de la Virgen. Su culto en la historia es la ejecución del breve suspiro de Tomás de Celano, con el cual concluyo:

«¡Ea, Abogada de los pobres!, cumple con nosotros tu misión de tutora hasta el día señalado por el Padre» (2Cel 198).

Traducción: Raimundo Domínguez, ofm